

Prólogo

Los Alpes

Madrugada del 1 de mayo, 1945

Werner entrecerró los párpados, buscando el haz de luz. Se frotó los ojos y lo volvió a intentar, pero la oscuridad era absoluta.

Sintió una oleada de miedo. Pisó el freno y el camión se detuvo bruscamente. *Mierda.*

En el asiento del acompañante, Hans se despertó e instintivamente llevó la mano a la funda de su Luger.

– ¿Qué pasa? – gruñó.

– Bauer – le respondió Werner señalando hacia adelante.

Hans miró a través del parabrisas. Las luces del camión estaban apagadas, y la luz de la luna apenas atravesaba la niebla; no se veía nada hacia adelante.

– ¿Dónde está Bauer?

– No lo se. ¡Ese es el problema!

Hans comprendió inmediatamente la situación. Sin Bauer marcando el camino con la linterna, era imposible que el convoy siguiera avanzando. El SS Lange había dejado muy claro que no quería ningún retraso. Y conociendo a Lange, no tenía dudas de que alguien iba a pagar por este problema con su vida. Esperaba no ser él.

– Mierda.

Werner puso el freno de mano, apagó el motor y bajó del camión. Miró hacia atrás y divisó entre la niebla la silueta de los otros camiones que lo seguían.

– ¡Alto! – les gritó agitando los brazos.

Uno a uno, los motores de los otros camiones se apagaron y los Alpes quedaron en completo silencio. En la mas absoluta oscuridad, Werner se sintió momentáneamente desorientado.

Se obligó a concentrarse. Si el convoy no se ponía en marcha en pocos segundos, iba a tener que dar explicaciones a Lange. Sintió pánico solo de pensarlo.

– Werner – lo llamó Hans, pocos metros adelante del camión.

Hans observaba algo en el piso. Al acercarse, Werner vio a Bauer hecho un ovillo y con la linterna caída a su lado.

– No puedo... no puedo... – balbuceaba Bauer con una voz apenas audible. Tenía los ojos abiertos, pero no lograba enfocarlos.

Por dios, es un niño... ¡no puede tener mas de dieciocho años!, pensó Werner; luego recordó amargamente que él tenía apenas veinte.

Cuánto se puede envejecer en dos años de guerra...

Bauer se había desplomado, agotado, luego de caminar frente al camión durante horas, y sin haber dormido desde que habían partido de Berlín dos días atrás. Sólo se habían detenido en Zürich el tiempo suficiente para cargar unas pesadas cajas que los esperaban en un depósito abandonado.

Werner se sintió culpable; tendrían que haber relevado a Bauer hacía horas. Ahora quizás fuera demasiado tarde.

– Conduce tú, yo sigo con la linterna – le dijo a Hans. – Ayúdame a cargar a Bauer.

Por supuesto, hubiera preferido seguir al volante y que su compañero tomara la linterna, pero era una idea demasiado peligrosa. Werner era consciente de su propio agotamiento. Los ojos se le habían cerrado más de una vez, e incluso había empezado a

tener alucinaciones; en las últimas horas había creído escuchar desde óperas de Wagner hasta bebés llorando.

Si sigo conduciendo me voy a terminar saliendo de la ruta.

Le resultó vagamente divertido darse cuenta de que le preocupaba más la ira de Lange que la idea de terminar muerto en el fondo de un barranco.

Hans ayudó a Werner a cargarse a Bauer al hombro y se dirigieron de vuelta al camión. *Quizás salgamos de esta.*

Apenas un par de metros delante de ellos, una figura fantasmal emergió de la niebla.

Los soldados sintieron el instinto de desenfundar sus armas, pero el agotamiento pudo más. Werner alcanzó a llevar la mano hacia la Luger; Hans simplemente suspiró resignado.

– ¿Qué es esto? – preguntó la figura fantasmal.

Werner sintió un escalofrío al reconocer la voz del *SS-Standartenführer* Heinrich Lange. *Calma, calma, ya estamos listos para seguir.* Intentó tranquilizarse, pero sus rodillas temblaban ligeramente.

– Un... relevo de rutina, *Herr Standartenführer* – respondió Hans.

Lange los observó sin decir nada durante unos segundos, que a Werner le parecieron horas.

– Un relevo – dijo finalmente. Señaló a Bauer. – Bájelo.

Werner dudó por un instante, pero sabía que desobedecer a Lange solo podía empeorar las cosas. Dejó a Bauer en el suelo.

Lange caminó alrededor del muchacho, con las manos entrelazadas en la espalda. Observaba divertido sus esfuerzos inútiles por incorporarse.

– ¿Un relevo? – repitió Lange. – A mi me parece que *Herr Bauer* abandonó su puesto.

Werner y Hans se miraron horrorizados. Sabían lo que iba a suceder; ya lo habían presenciado antes.

Bauer intentó balbucear una excusa y logró ponerse de rodillas.

– No se levante, Bauer. No se moleste – le dijo Lange, condescendiente. Hizo una pausa y habló por encima de su hombro. – ¿Schäfer?

Sin hacer el menor sonido, otra figura pareció materializarse desde la niebla.

– Si, mi *Standartenführer*.

A Werner se le heló la sangre. Inmediatamente reconoció al *SS-Sturmbannführer* Stefan Schäfer, la mano derecha de Lange. Con solo diecisiete años ya se había forjado una temible reputación y había hecho una carrera meteórica dentro de las SS.

– Tenemos un desertor, Schäfer.

Lange continuó sin esperar respuesta.

– *Gefreiter* Bauer, este tribunal lo encuentra culpable de desertión.

¡Hijo de puta! ¡La guerra ya terminó!

Lange giró hacia Werner.

– Ejecútelo – le ordenó con una sonrisa.

Werner sintió una puntada en el estómago; aún conociendo el sadismo de Lange, la orden lo había tomado por sorpresa.

Bauer, aterrado, luchaba por incorporarse. Con sorprendente agilidad, Schäfer le dio una fuerte patada en la cara. El muchacho cayó boca abajo y quedó inmóvil.

Lange miró a Werner. Ya no sonreía.

– ¿Está desobedeciendo mi orden, *Gefreiter*?

La mención de su rango hizo que Werner se encontrara sacando la Luger del estuche sin pensarlo. *¿Qué estoy haciendo?*

Observó a Bauer, que intentaba moverse. Había comenzado a formarse un pequeño charco de sangre bajo su cara.

De pronto se le ocurrió que podía matar a Lange. Solo tenía que mover el brazo y apretar el gatillo; iba a tardar apenas una fracción de segundo.

Martilló la Luger.

Por supuesto, no podía disparar a Lange. Schäfer y el resto de los SS que venían en los otros camiones tenían una devoción fanática hacia su superior y no quería pensar en lo que podrían

hacerle si lo mataba. O peor aún, lo que podía llegar a hacerle el propio Lange si sobrevivía al disparo.

Werner suspiró. Sintió un profundo odio hacia sí mismo, pero no tenía opción. Levantó la Luger, apuntando a la cabeza de Bauer.

No puedo hacer esto.

Era plenamente consciente de que estaba desobedeciendo una orden directa de Lange y que eso probablemente le costara la vida; pero su dedo simplemente se negaba a apretar el gatillo.

Cerró los ojos y tragó saliva.

Tengo que hacerlo, se dijo. Es su vida o la mía.

El estruendo del disparo retumbó en medio del silencio sepulcral de los Alpes.

Werner abrió los ojos. Donde había estado la cabeza de Bauer ahora solo quedaba una confusa masa rojiza. Sintió náuseas y apenas pudo reprimir una arcada.

Hans estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos. Schäfer, inexpresivo, sostenía su Walther P38, todavía humeante y apuntando a Bauer. Lange miraba fijamente a Werner.

No dijo nada. No era necesario; su mirada transmitía un desprecio infinito. Werner tuvo que bajar la vista.

Es el final. Estoy muerto.

Pasaron varios segundos. Werner solo escuchaba un zumbido agudo producto del disparo.

– No podemos perder mas tiempo con esto – dijo finalmente Lange; era cruel pero también pragmático. – Vuelvan al camión.

Werner enfundó la Luger. Estaba aterrorizado. Estaba confundido. Pero estaba vivo.

Lange se le acercó.

– No voy a tolerar otro desliz – le dijo en voz baja. – Nuestro cargamento es demasiado importante.

La candidez de Lange lo tomó completamente desprevenido. *Lange cree que es un secreto, pero yo sé cual es nuestro cargamento.* Estaba prohibido hablar sobre las cajas; pero su peso y

las precauciones que Lange había tomado para mantener la operación en secreto no le dejaban dudas de qué era lo que estaban transportando a través de los Alpes.

– ¡El Führer está muerto! – exclamó. – ¿Que van a cambiar diez camiones cargados de oro?

Lange le lanzó una mirada furiosa. Werner bajó la vista, dio media vuelta y caminó hacia el camión. Sentía que su corazón estaba a punto de explotar. Se le erizaron los pelos de la nuca; estaba esperando el disparo que acabara con su vida. *Que sea rápido...*

Pero no hubo ningún disparo. Llegó al camión y abrió la puerta; confundido, pero sin atreverse a mirar atrás, se sentó en el asiento del conductor y reanudó la marcha.

* * *

Varios metros mas atrás, Lange y Schäfer volvían a su camión. Schäfer se detuvo.

– ¡Herr Standartenführer! ¡Si Werner Krause descubrió que transportamos el oro del Reich, el resto de los soldados no tardará en saberlo!

Lange contempló la oscuridad durante unos segundos y luego asintió lentamente.

– Eso espero, Schäfer. Es lo que los distrae de nuestro verdadero propósito.

1

Madrid

Mañana del 21 de abril, 2004

Martín miró su reloj; no habían pasado más de treinta segundos desde la última vez que lo había hecho. Caminó a lo largo de la sala de reuniones, llegó hasta la pared, giró sobre sus talones y siguió caminando en sentido contrario.

¿Dónde estás, Wilhelm?

Dejó la sala de reuniones y se dirigió a la oficina de la secretaria de Wilhelm. Se asomó a la puerta. La secretaria estaba al teléfono y trabajando en su ordenador. Cuando vio a Martín en la puerta colgó el teléfono y negó con la cabeza.

– Siempre llegando tarde... vamos a tener que despedirlo – bromeó Martín.

La secretaria rió entre dientes. El Director era alemán y jamás llegaba tarde.

Martín volvió a mirar su reloj. 9:57. Los clientes habían llegado varios minutos antes; era una reunión demasiado importante como para ser impuntual. Eso hacía la ausencia de Wilhelm especialmente extraña.

Habían estado en su casa preparando la presentación hasta pasada la medianoche. ¿Se habría quedado dormido? No parecía probable; a sus ochenta años Wilhelm ya no dormía más de seis

horas. Y sin duda media hora de insistentes llamadas a su casa y a su móvil tendrían que haberlo despertado.

Entonces, ¿donde estaba?

Maldijo en voz baja. Los clientes estaban esperando.

– ¿Les ofreciste café? – preguntó Martín señalando la sala de espera.

– Sí, claro – respondió la secretaria. Estaba otra vez con el teléfono al oído.

Martín asintió y le hizo señas de que cortara la llamada. Sacó su móvil y marcó el número de Wilhelm.

El teléfono sonó una, dos, tres veces.

– ¿No responde? – preguntó la secretaria. Martín negó con la cabeza.

El teléfono seguía sonando.

Vamos... vamos...

Finalmente se escuchó un sonido al otro lado de la línea. Martín suspiró aliviado.

– ¡Wilhelm!

Pero su alivio duró poco.

– Bienvenido al buzón de mensajes de... seis... nueve... tres...

Martín cortó la llamada.

– Mensaje de voz – anunció. – Consígueme el número de la casa.

– Claro.

La secretaria le pasó el número y Martín lo marcó rápidamente. Esta vez el teléfono ni siquiera llegó a sonar.

– El número que usted seleccionó está momentáneamente fuera de servicio – dijo la grabación.

Martín guardó el móvil; estaba claro que no iba a poder comunicarse con Wilhelm.

Respiró hondo. No podía seguir haciendo esperar a los clientes. Tendría que hacer la presentación sin Wilhelm, o posponer la reunión.

En realidad podía hacer la presentación sin Wilhelm; la presencia del anciano era mas bien simbólica, una forma de demostrar el compromiso de la empresa con este proyecto. Wilhelm seguía tomando las decisiones estratégicas, pero había delegado prácticamente todas las demás en Martín.

Por otro lado, el anciano seguía imponiendo una presencia formidable. Martín, por el contrario, aparentaba menos de los treinta y seis años que tenía, y a pesar de que había perdido mucho peso en los últimos años seguía sintiéndose inseguro respecto a su imagen. Temía que los clientes no lo tomaran suficientemente en serio.

¿Qué haría Wilhelm?

Lo animaría a seguir adelante, sin dudas; lo había apoyado en circunstancias mucho menos alentadoras.

Indicó a la secretaria que continuara intentando comunicarse con el anciano. Respiró hondo y entró a la sala de espera sin vacilar, decidido a no dejar que los nervios le jugaran una mala pasada.

Menos de una hora después, la reunión había concluido; todo había salido aún mejor de lo que Martín había esperado. Sonrió para sus adentros; Wilhelm estaría orgulloso de él.

Acompañó a los clientes hasta la entrada, disculpándose por la inesperada ausencia del Director. La había justificado alegando un problema de salud sin importancia, por lo que le deseaban una pronta mejoría.

Pero Martín estaba lejos de sentirse tan tranquilo como aparentaba. Había pasado toda la reunión preguntándose dónde estaba Wilhelm, mirando hacia afuera de la sala cada pocos minutos; no había señales del anciano.

Volvió a la oficina. La secretaria seguía intentando comunicarse por teléfono.

– ¿Nada?

– Nada... no he parado de llamarlo, pero no atiende.

¿Dónde está Wilhelm?

Martín comenzó a sentirse realmente preocupado. Wilhelm tenía una excelente salud, pero a su edad nunca se podía estar seguro. Un simple tropezón y una caída podían tener consecuencias graves.

Se le aceleró el pulso. ¿Habría tenido algún accidente?

Sacó el móvil. Volvió a llamar a la casa y el móvil del anciano y el resultado fue el mismo que antes.

Hacía por lo menos dos horas que era imposible comunicarse con él. Martín lo había visto por última vez la noche anterior y parecía estar perfectamente saludable, pero eso no era garantía de nada.

A pesar de que tenía un mal presentimiento, tenía claro lo que debía hacer.

– Cancela mis reuniones del resto del día – dijo a la secretaria. – Voy a buscarlo a su casa.

Tomó las llaves del coche y se dirigió al estacionamiento.

2

Martín acercó el coche a la acera y antes de que se detuviera completamente ya había sacado la llave del contacto. Puso el freno de mano y saltó a la calle sin molestarse en bloquear las puertas.

La casa de Wilhelm tenía un amplio jardín en el frente. Martín echó un vistazo a través de las rejas exteriores, pero no vio nada extraño.

Caminó hasta los pilares de la entrada de coches. Oprimió el botón del timbre y lo escuchó sonar dentro de la casa. Esperó unos segundos pero no hubo respuesta.

Suspiró y volvió a tocar el timbre, esta vez con mayor insistencia.

Nada.

A la distancia, la puerta del garaje parecía estar cerrada. Caminó unos pasos para tener mejor vista; a través del vidrio translúcido creyó distinguir las letras de la matrícula de un coche.

Así que Wilhelm no había salido.

El corazón de Martín se aceleró. *¿Habría tenido algún problema de salud?*

Volvió a llamar al móvil de Wilhelm y a su casa; igual que antes, mensaje de voz y fuera de servicio.

Intentó abrir la reja, pero estaba cerrada con llave. Miró hacia la casa y notó por primera vez que la luz que había sobre la

puerta estaba encendida, probablemente desde la noche anterior. Eso quería decir que Wilhelm no la había apagado esa mañana.

Se le hizo un nudo en el estómago. Quería creer que había alguna explicación para la ausencia de Wilhelm que no implicara una desgracia, pero a cada minuto aumentaba su sensación que algo andaba realmente mal.

Observó las rejas exteriores. El muro no tenía más de un metro de altura y las rejas medían quizás un metro más. Podían impedir que algún perro se metiera en el jardín, pero no podían impedir que una persona se acercara a la casa si realmente se lo proponía. *Para eso tiene alarmas en las puertas.*

Respiró hondo y se agarró a los barrotes. Trepó hasta el muro y luego hasta el tope superior de la reja, que afortunadamente no tenía púas. Se sujetó con ambas manos para mantener el equilibrio.

Miró hacia ambos lados de la calle. No había nadie. Mejor así; sabía que estaba haciendo lo correcto, pero prefería no tener que dar explicaciones a algún vecino que lo viera.

Bajó al jardín de un salto, caminó hacia el garaje y miró a través de los vidrios. Efectivamente, el coche de Wilhelm estaba dentro.

Se dirigió a la puerta principal. Tocó el timbre, pero sabía que iba a ser en vano. Quizás tuviera que entrar por la fuerza. *¿Qué voy a hacer con la alarma?*

Golpeó la puerta, e inmediatamente lo invadió una oleada de miedo. Los golpecitos habían hecho que la puerta se abriera unos centímetros.

Quedó paralizado en el umbral. Ya no tenía dudas de que algo andaba muy mal.

Se le hizo un nudo en el estómago y lo invadió una pesada aprensión; comenzaba a imaginarse lo que iba a encontrar adentro. Combatiendo su impulso natural de alejarse empujó la puerta, que quedó abierta de par en par. La luz del vestíbulo estaba encendida, pero las habitaciones contiguas estaban a oscuras.

Respiró hondo y dio un paso dubitativo hacia adentro.

– ¿Wilhelm? – gritó.

No hubo respuesta. Avanzó unos pasos más.

– ¿Hola? ¿Hay alguien? ¿Hola?

Aguzó el oído. La casa estaba completamente silenciosa, a tal punto que podía escuchar el zumbido de los electrodomésticos y el ruido lejano del refrigerador.

Caminó unos metros hacia adelante, adentrándose en la oscuridad. Se detuvo unos pasos más allá; debía haber llegado a la sala de estar. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Llegó a percibir la silueta de los sillones, pero no podía ver nada más.

Tanteó la pared y encontró un interruptor de luz. Lo accionó.

– ¡Wilhelm! – gritó Martín. El ruido retumbó en el silencio de la casa vacía.

Wilhelm estaba en el sofá, inmóvil. Sus brazos colgaban en un ángulo extraño. Y su cabeza estaba apoyada sobre una amplia mancha roja sobre el cuero blanco.

3

Mediodía del 23 de abril, 2004

La profunda sensación de irrealidad que Martín había sentido durante los últimos días se agudizó cuando los operarios bajaron el ataúd con el cuerpo de Wilhelm a la fosa. Sentía que estaba viéndose a sí mismo en una película, una persona en una situación desconectada de la realidad.

Wilhelm está muerto.

Había una gran cantidad de gente en el entierro, pero la mayor parte eran empleados de la empresa. Martín había esperado ver familiares de Wilhelm; su jefe, amigo y mentor era muy reservado respecto a su vida personal, al punto que Martín no sabía siquiera si tenía familiares cercanos. A juzgar por su ausencia, parecía no tenerlos.

El entierro marcaba el final de tres días extremadamente agitados y confusos para Martín. Primero el shock de encontrar a Wilhelm brutalmente asesinado; después la conversación inicial con la policía, el intento infructuoso de comunicarse con algún familiar de Wilhelm, ver el caso en la televisión (la prensa había decidido llamarlo “el crimen del empresario”), coordinar el velorio y el entierro con la empresa fúnebre, una entrevista más a fondo con la policía, el anuncio en la empresa, los resultados obvios de la autopsia, el velorio y ahora el entierro.

Apenas había podido dormir y la cabeza le daba vueltas. Quizás con una buena noche de sueño pudiera empezar a volver a la normalidad. *¿Por qué esperar a la noche?* Era apenas pasado el mediodía, pero el cuerpo de Martín claramente necesitaba un descanso.

El sacerdote dijo unas palabras finales y la muchedumbre empezó a dispersarse. Martín quería ir directamente hacia su coche, pero varios empleados lo detuvieron para darle sus condolencias. Martín no dudaba de su autenticidad; Wilhelm era reconocido por todos como un director justo y honesto.

Eso hacía su asesinato aún más extraño. Wilhelm no tenía enemigos. Pero según la policía, la puerta no había sido forzada, la alarma había sido desconectada y Wilhelm incluso había servido el té a su eventual asesino. Para la policía esto significaba que el culpable debía ser alguien cercano, pero Martín sabía que Wilhelm solo servía el té en ocasiones más formales; a un invitado, pero no a un familiar o un amigo.

Martín continuó durante varios minutos estrechando mecánicamente la mano a quienes se le acercaban. Finalmente saludó a la última persona y comenzó a caminar en dirección a su coche.

– Disculpe – dijo una voz detrás suyo. – ¿Martín Torres?

Martín se dio vuelta. Unos pasos más atrás había un hombre calvo y de gafas, con aspecto de estar incómodo en su traje, que aferraba un sobre manila. Pareció indeciso durante unos instantes y luego se le acercó extendiendo la mano.

– Mis condolencias.

– Muchas gracias – dijo Martín. Le estrechó la mano y siguió caminando hacia el coche.

– Soy el Doctor Alonso – dijo. – Soy el abogado del señor Wagner.

Martín se detuvo, extrañado. Wilhelm nunca había mencionado a ningún Alonso; definitivamente no era el abogado de la empresa.

– Tengo una carta para usted del señor Wagner. Tengo instrucciones de entregársela personalmente en la primera ocasión posible luego del fallecimiento del señor Wagner.

Extendió la mano con el sobre. Martín sacudió la cabeza y lo miró incrédulo.

– ¿Una carta de Wilhelm? ¿Para mi?

Alonso asintió con la cabeza y estiró un poco más la mano. Martín tomó el sobre.

– De nuevo, lamento su pérdida. Que tenga un buen día – dijo Alonso, y comenzó a alejarse.

¿Una carta de Wilhelm con instrucciones de entregármela luego de su muerte? No podía ser un testamento; existían protocolos legales para esas ocasiones. Tenía que ser algo personal.

– ¡Espere! – le dijo. – ¿Desde cuándo tiene la carta?

Alonso se detuvo y se tomó un tiempo antes de responder.

– El señor Wagner le dio la carta a mi padre, el Doctor Alonso. Yo recibí la carta junto con las instrucciones cuando mi padre se retiró, hace alrededor de tres años.

¡Tres años!

– ¿Wilhelm escribió esta carta *hace tres años*?

Alonso se acomodó los anteojos, visiblemente incómodo.

– No. No exactamente – carraspeó. – El señor Wagner cambió las instrucciones y el destinatario varias veces a lo largo de los años, pero la carta es la original.

¿Varias veces a lo largo de los años?

– ¿De qué año es la carta original? – preguntó Martín. *¿Los 2000? ¿Será posible que sea de los '90?* Pero no estaba preparado para la respuesta de Alonso.

– Tiene sus años – le respondió riendo entre dientes. – Mi padre la recibió en 1967.

4

Sentado en su coche, todavía en el cementerio, Martín daba vueltas al sobre.

Una carta de Wilhelm.

Escrita casi cuarenta años atrás.

Para ser entregada luego de su muerte.

Lo repitió una y otra vez en su cabeza, pero no logró que sonara natural. Por el contrario, sonaba difícil de creer.

Siguió dando vueltas al sobre, sin decidirse a abrirlo. Tamborileó sobre el volante. *¿Qué está pasando?*

Martín cerró los ojos y respiró hondo un par de veces. Necesitaba pensar con claridad.

¿Qué podía contener el sobre? ¿Un testamento? No; lo tenían los abogados. ¿Planes para la empresa, consejos finales, una despedida? Tampoco; Wilhelm había escrito la carta cuarenta años atrás, mucho antes de conocerlo. Entonces el sobre no podía ser específicamente para él; lo importante eran los contenidos, no el destinatario.

Sintió un escalofrío.

¿Un secreto?

Wilhelm sabía algo que no quería llevarse a la tumba; pero que no debía salir a la luz mientras aún viviera.

Un secreto que guardaba desde hacía cuarenta años.

Martín se negaba a creerlo. No era posible.

Sacudió la cabeza. *¿Para qué estoy especulando, si tengo la carta en mis manos?* Y sin embargo, no se decidía a leerla.

Tanteó el sobre. Parecía ser un sobre acolchado con burbujas en su interior. *¿Existían estos sobres hace cuarenta años?*

No importaba. Tenía que abrirlo. Tomó la punta del sobre con sus dedos—

La melodía de su móvil lo trajo de nuevo a la realidad. Tras vacilar unos segundos, dejó el sobre en el asiento y atendió la llamada.

— ¿Diga?

— Buenas tardes, Torres, habla el Inspector Olivera. ¿Lo interrumpo?

Martín tardó unos segundos en identificar al Inspector Olivera. Era uno de los policías que le había tomado declaraciones el día anterior.

— No, no. ¿Cómo está, Inspector? ¿En qué lo puedo ayudar?

— Nos gustaría que viniera a la comisaría unos minutos, tenemos algunas novedades que nos gustaría compartir.

El corazón de Martín se aceleró. *¿Habrán encontrado al asesino?*

— Por supuesto, Inspector. ¿Cuándo puedo pasar?

— Nos gustaría que viniera ahora, Torres. Si fuera posible.

Algo en la voz del Inspector hizo que Martín se sintiera incómodo; algo le dijo que no era una invitación amistosa.

Miró el reloj. Intentó pensar en alguna excusa para posponer la visita, pero tenía la mente en blanco.

— Por supuesto — dijo finalmente. — Llego en media hora. ¿Media hora está bien?

— Media hora está bien, lo esperamos. No se demore, Torres — dijo el inspector y cortó la llamada.

Martín se quedó unos segundos observando el móvil. El tono del inspector no había sido especialmente amigable; pero no podía rechazar una “invitación” de la policía.

¿Habrían encontrado al asesino? ¿Tendrían buenas noticias? ¿Tendrían malas noticias? El tono del inspector no le hacía pensar en ninguna de esas posibilidades.

Tomó el sobre y lo dejó en la guantera. Mientras no supiera qué quería la policía ni qué contenía el sobre de Wilhelm, probablemente lo mejor fuera no mencionarlo.

Con la sensación incómoda de no saber qué le esperaba, Martín encendió el coche y salió del estacionamiento en dirección a la comisaría.

5

Martín observó la habitación. Era pequeña, sin ventanas; había una mesa, blanca, vacía; había dos sillas vacías del lado opuesto a donde estaba sentado; en una esquina, contra el techo, había una cámara.

Esto no es una entrevista... es un interrogatorio.

¿Cuánto tiempo llevaba esperando? ¿Diez, quince minutos? “El inspector viene en unos minutos”, le habían dicho. Volvió a mirar alrededor y comenzó a tamborilear sobre la mesa pero se detuvo inmediatamente; ¿estarían observándolo para ver si estaba nervioso? Entrelazó las manos y decidió mantener la calma.

La puerta finalmente se abrió y entraron dos policías; el primero era el Inspector Olivera. Detrás suyo venía un policía más joven, pelirrojo, que Martín no había visto el día anterior.

– El oficial Palermo – lo presentó Olivera. Martín se levantó y les estrechó la mano.

– Torres. Mucho gusto.

Palermo le sonrió, apretándole la mano con demasiada fuerza.

– ¿Café? – ofreció Olivera.

– Si, gracias – dijo. *¿Policía bueno, policía malo?* Estaban siendo demasiado obvios.

Olivera salió de la habitación y Martín quedó a solas con Palermo. Palermo se sentó frente a él, le sonrió y no dijo nada. Martín simplemente bajó la vista.

Tras lo que pareció una eternidad, Olivera volvió con tres vasitos de plástico que depositó sobre la mesa. Acercó uno a Martín.

– Bueno, Torres – comenzó Olivera. – Nos gustaría que nos hablara de la mañana del miércoles.

Martín arqueó una ceja. Ya les había contado todo, dos veces, el mismo miércoles. ¿Qué sentido tenía volver a contarlo?

Quieren ver si cambio la historia.

¿Sería posible? ¿Podrían pensar seriamente que Martín estaba involucrado en el asesinato?

Calma. Seguramente esto sea procedimiento de rutina, pensó, y lamentó no poder pensar en algo más convincente.

Respiró hondo. *No tengo nada que ocultar.*

Martín volvió a contar los acontecimientos del miércoles tan detalladamente como pudo. Empezó por la reunión del martes en la casa de Wilhelm; la reunión con los clientes a la que Wilhelm no había asistido; sus intentos fallidos de llamar a Wilhelm; el descubrimiento del cuerpo; su llamada a la policía.

– ...y en ese momento, me tomaron declaraciones por primera vez – terminó. Se acomodó en el respaldo de la silla.

Olivera y Palermo lo miraban fijamente. Martín miró a uno y otro. *¿Esperan que diga algo más?*

Palermo habló por primera vez. Su voz era curiosamente aguda.

– Pero usted sabía que Wagner estaba muerto.

No era una pregunta. Era una afirmación.

– ¿Disculpe?

– Usted sabía que Wagner estaba muerto – repitió Palermo con idéntico tono de voz.

– ¿Cómo...? ¡No! Claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

– Exactamente – sonrió Palermo.

Martín sacudió la cabeza. *¿De que están hablando?*

– No. No. Espere. Yo no tenía idea. ¿Cómo iba a saber? ¡Había visto a Wilhelm unas horas antes y estaba perfectamente bien!

Palermo parecía satisfecho. Sacó una libreta de su chaqueta y pasó varias hojas, hasta que encontró lo que buscaba.

– En la mañana del miércoles 21, el señor Wagner y usted tenían una reunión con representantes de otra empresa. ¿Correcto?

– Sí, correcto.

– El señor Wagner no llegó a tiempo a la reunión y usted decidió realizarla de todos modos.

– Sí, es verdad – dijo Martín. *¿A dónde quieren llegar?*

Palermo consultó su libreta.

– Pero según declararon sus visitantes, usted les informó que el señor Wagner tenía un problema de salud.

Martín se quedó esperando una pregunta, pero Palermo se limitó a mirarlo sin decir nada.

– Si, es así – dijo Martín finalmente.

Palermo se inclinó hacia adelante.

– ¿Y cómo sabía que el señor Wagner estaba muerto?

Martín parpadeó unos segundos, sin entender.

– ¿De que están...?

Se detuvo en la mitad de la frase.

¿Palermo es estúpido, o está intentando atraparme en una contradicción?

– No. No, no, no. Espere, espere. Yo no sabía que Wilhelm estaba muerto; como estaba llegando tarde a la reunión, les dije a los clientes que había tenido un problema de salud. Fue una excusa, simplemente una excusa para no decirles que Wilhelm había desaparecido – dijo Martín, e inmediatamente lamentó la elección de sus palabras. Se mordió el labio inferior.

– ¿Desaparecido...? – sonrió Palermo.

Reprimiendo el impulso de golpear a Palermo, Martín se echó hacia atrás, entrelazó las manos y respiró hondo.

Tranquilo. Tranquilo. No hice nada malo, no tengo nada que ocultar.

– No. Escuche. Yo no sabía que Wilhelm estaba muerto; no tenía forma de saberlo. Intenté comunicarme con él por todos los medios, pero no pude. Inventé una excusa para explicar su ausencia y en cuanto los clientes se marcharon, fui hasta la casa de Wilhelm porque temía que hubiera tenido algún problema.

“Algún problema”, pensó Martín amargamente. Asesinado en su propia sala de estar.

Palermo no parecía del todo convencido.

– Entonces fue una coincidencia.

– Si, fue una coincidencia. Elegí la peor excusa posible, pero no tenía forma de saberlo. Fue una coincidencia.

Palermo se acomodó en la silla y miró a Olivera, que hasta ese momento había estado silencioso. Olivera se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre la mesa.

– Encontramos huellas digitales, Torres. Ya descartamos a los familiares de Wagner, que además residen en el exterior. Estamos comparando con toda la base de datos y los resultados van a estar en pocos días. ¿Tiene alguna idea de a quién pueden pertenecer las huellas?

– No – dijo Martín, y decidió cubrirse. – Pero es posible que encuentren huellas mías, el martes estuve en su casa preparando la reunión del miércoles. Y lo visitaba varias veces al año.

Olivera y Palermo se miraron.

– Encontramos huellas *en el arma*, Torres.

– ¿Encontraron el arma? – preguntó Martín, sorprendido, e inmediatamente comprendió que había sido una reacción poco feliz. – ¡Estupendo!

– Si, sin dudas. Y esperamos encontrar una coincidencia de las huellas en unos pocos días.

Con cuidado.

– Estupendo. Eso debería responder muchas preguntas, ¿no? – *¡Y demostrarles que no tengo nada que ver con esto!* – Espero que me mantengan al tanto.

Olivera asintió. Él y Palermo se levantaron al unísono.

– Eso es todo, Torres. Es posible que volvamos a ponernos en contacto.

¿Es una forma de decirme que no me vaya demasiado lejos?

Guiaron a Martín a la salida. Olivera estrechó su mano pero no la soltó y lo miró fijamente a los ojos.

– ¿Hay algo más que quiera decirnos? ¿Alguna cosa que necesitemos saber?

La carta de Wilhelm.

– No, inspector. Pero si recuerdo algo, se los comunicaré inmediatamente.

Olivera mantuvo su mirada fija un segundo más y finalmente le soltó la mano.

– Buenas tardes, Torres.

Luego se dio media vuelta y volvió a la comisaría.

Martín se quedó de pie en la acera, sin saber que hacer ni que pensar. ¿Realmente era posible que la policía sospechara de él?

Volvió al coche e inmediatamente abrió la guantera; la carta de Wilhelm seguía allí.

Desde el asesinato de Wilhelm había cada vez más incógnitas. Era hora de empezar a buscar algunas respuestas.

6

– ¿Qué opina, Palermo? – preguntó Olivera.

Palermo se encogió de hombros.

– No lo sé. No se quebró y por momentos pareció realmente sorprendido.

– Es cierto. Tengo que reconocer que su técnica es poco convencional pero parece bastante efectiva.

– Gracias, señor.

– Y sin embargo... tengo la impresión de que Torres no nos está contando toda la verdad.

– ¿Cree que esté involucrado, señor?

– No estoy seguro, Palermo. Vamos a ver qué pasa con los resultados de las huellas.

Palermo sonrió.

– Todo sería más sencillo si realmente tuviéramos el arma, ¿no?

– Nunca es tan fácil – suspiró Olivera. – Muchos casos se resuelven por pequeños detalles que son fáciles de ignorar si uno no está atento. Nunca es tan sencillo como tener las huellas del asesino.

– Si, señor.

Quedaron en silencio.

– Tenemos que ver qué hace ahora. Si está nervioso o no. Ponga alguien a vigilarlo, Palermo.

7

Tarde del 24 de abril, 2004

Martín se sentó en el sofá de su sala de estar, donde seguía el sobre de Wilhelm, cerrado, exactamente donde lo había dejado el día anterior.

Había pasado el resto del viernes y la mañana del sábado buscando excusas para posponer el momento de abrirlo. Sabía que iba a hacerlo tarde o temprano, pero solo pensarlo le generaba una gran aprensión. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se sintió avergonzado y decidió abrirlo de una vez.

Tomó unas tijeras e hizo un corte en uno de los lados del sobre. Efectivamente era un sobre acolchado con burbujas de aire. Con mucho cuidado hizo otro corte más profundo; no sabía qué contenía el sobre, pero fuera lo que fuera no quería dañarlo.

Extrajo el contenido y lo depositó sobre la mesita. Había una hoja de papel y un sobre más pequeño.

El sobre atrajo su atención de inmediato. Era de cartón o de papel muy grueso y olía a viejo. La solapa estaba cerrada con un llamativo sello de cera roja. Al trasluz pudo distinguir las letras WK en relieve.

Wilhelm Karl. Wilhelm siempre insistía en usar sus dos nombres.

Se recostó en el sillón, pensativo. Le pareció extraño imaginar a Wilhelm usando un sello de cera. Wilhelm no era una

persona anticuada; por el contrario, era muy moderno para su edad. Le fascinaba el correo electrónico.

Observó nuevamente el sello de cera. *No conozco a Wilhelm tanto como creía*, pensó con tristeza.

Dejó el sobre sobre la mesa y tomó el papel. El papel era bastante más nuevo que el sobre; tenía un diagrama y varias anotaciones escritas a mano. La letra era de Wilhelm, sin ninguna duda.

Observó el diagrama. Le resultó vagamente familiar, pero no logró identificarlo.

Era un semicírculo del que salían siete líneas, como si un niño hubiera dibujado el sol ocultándose en el horizonte. A la derecha del semicírculo estaban escritas las letras TP. Dentro del semicírculo había un círculo más pequeño señalado con un asterisco, y debajo del diagrama había otro asterisco con instrucciones:

Primer sábado, 15:00.

Primer domingo, 15:00.

Primer y tercer domingo de cada mes, 15:00.

Estudió las instrucciones; aparentemente se referían al día y hora de... ¿de que? Empezó a sentirse frustrado. Si interpretaba el diagrama de forma literal parecía ser la fecha y hora de una puesta de sol, pero sabía que era una idea absurda.

Martín suspiró. El sol y un círculo. TP. ¿Por qué le resultaba familiar?

Había esperado que la intención de Wilhelm fuera clara una vez abierto el sobre, pero por el contrario, se sentía cada vez más confundido. *¿En qué me estás metiendo, Wilhelm? ¿Qué secreto tenías entre manos?*

Volvió a mirar el diagrama. Si las instrucciones señalaban una fecha y una hora, el diagrama tenía que señalar un lugar. Pero en lugar de un mapa, parecía la caricatura de un sol.

Y súbitamente, Martín se echó a reír.

¡Por supuesto! Es un esquema de la Puerta del Sol. El centro neurálgico de Madrid. Las letras TP se referían al icónico edi-

ficio Tío Pepe. El círculo interior representaba la fuente y el asterisco señalaba un punto a la derecha de la fuente; un banco de la plaza, probablemente.

¿Alguna vez Wilhelm mencionó la plaza? Martín se esforzó por recordar alguna historia, alguna anécdota, algún recuerdo que lo relacionara con la Puerta del Sol. No se le ocurrió nada.

Todavía tenía que comprender las referencias a días y horas. La interpretación más evidente del mensaje era que tenía que ir a la Puerta del Sol, al lugar señalado por el asterisco, el “primer sábado”... ¿del año? ¿Del mes? Faltaba una semana para el primer sábado del siguiente mes. *La espera va a ser intolerable.*

¿Para qué quería Wilhelm que estuviera en ese lugar en particular, en ese momento en particular? Solo se le ocurrió una idea: para encontrarse con alguien más.

Las instrucciones no mencionaban el sobre ni a la otra persona; quizás su contenido explicara qué se suponía que tenía que hacer. Volvió a tomar el sobre y llevó un dedo al borde, dispuesto a abrirlo, pero se detuvo.

¿Y si esto es peligroso?

Le sorprendió no haberlo pensado antes. Confiaba en Wilhelm. Pero Wilhelm había sido asesinado, posiblemente por alguien que lo conocía bien. Por otro lado, se había tomado mucho trabajo para lograr que este sobre llegara a manos de Martín en caso de su muerte, y había mantenido su existencia en secreto hasta entonces.

Su estómago dio un vuelco y sintió frío en las manos. *El sobre está directamente relacionado con la muerte de Wilhelm.*

Sintió la fuerte tentación de quemar el sobre, destruirlo, fingir que nunca lo había recibido y continuar con su vida. Pero rechazó la idea. Wilhelm había estado a su lado durante la época más oscura de su vida. Ahora le había encomendado una última tarea; no podía defraudarlo.

Se detuvo unos segundos y respiró hondo. Tenía que pensar con claridad.

Quizás lo mejor fuera encontrarse con la otra persona y entregarle el sobre cerrado, y nunca enterarse de su contenido. El sobre dentro del sobre sugería que la intención de Wilhelm no había sido dejarle un mensaje, sino utilizarlo como intermedio.

Voy a tener que ir a la plaza. Martín suspiró resignado. *Y voy a estar una semana sin saber qué está pasando.*

Volvió a leer las instrucciones.

¿O quizás no?

“Primer sábado”. Wilhelm se había asegurado de que Martín leyera las instrucciones al poco tiempo de su muerte.

“Primer sábado luego de mi muerte”. Martín sintió un escalofrío. *Hoy.*

Miró el reloj. Faltaban casi media hora para las tres de la tarde. Con la garganta súbitamente seca y el corazón latiéndole rápidamente, tomó las llaves del coche y salió de su piso.

8

Martín dejó el coche en un estacionamiento a pocas manzanas de la Puerta del Sol y comenzó a caminar. Era una soleada tarde de primavera, con una temperatura muy agradable. A pesar de eso, sentía tanto frío que había tenido que abrigarse.

Faltaba muy poco para las tres de la tarde, la hora indicada para el encuentro. Ya estaba a poco más de media manzana de la plaza, pero había llegado sin tener nada claro cómo proceder. Se detuvo en el cruce peatonal, e intentó improvisar algún tipo de estrategia.

La Puerta del Sol tenía forma semicircular; Martín estimó que tendría unos doscientos metros de punta a punta. La plaza estaba rodeada de edificios y la atravesaban varias calles. Varios metros más abajo se encontraba una de las estaciones de metro más transitadas de la ciudad; había bajadas en los dos extremos. La fuente estaba aproximadamente en el medio de la plaza, por lo que daba igual desde qué dirección se acercara.

El semáforo volvió a cambiar. Cruzó hacia la plaza. El clima inusualmente benigno había atraído gran cantidad de personas, a tal punto que no llegaba a ver la fuente. Por un lado, esto le daba cierta sensación de seguridad; por otro lado, no iba a ser sencillo encontrar a su contacto.

Es como buscar una aguja en un pajar, y sin saber qué aspecto tiene la aguja.

Miró el reloj. Todavía no eran las tres de la tarde.

Dio una vuelta rápida alrededor de la fuente. Esquivó a unos niños que correteaban y reían. Pasó al lado de una pareja de ancianos que caminaban lentamente apoyados en sus bastones. Tuvo que apartarse medio metro cuando un perro saltó en su dirección, justo antes de que su dueña lograra controlarlo con la correa.

Lo único que me falta para tener una semana perfecta es que me muerda un perro.

Extrajo el diagrama, le dio un vistazo y volvió a guardarlo. Suspiró y se dirigió hacia el banco señalado con un asterisco.

El banco estaba ocupado por dos niñas de cuatro o cinco años y una señora mayor de pelo blanco. Las tres estaban conversando animadamente.

¿Sería posible que su contacto fuera la señora? No tener la menor idea de con quién debía encontrarse le resultaba muy frustrante. *Puede ser cualquiera.*

Quizás la otra persona lo reconociera a él. ¿O se suponía que Martín debía iniciar el contacto?

Sacudió la cabeza. *Esto parece una película de espías. Mi nombre es Torres, Martín Torres. ¿Dónde aprenden estas cosas los espías?*

Varios metros más allá había otro banco. Un hombre calvo, con barba de candado y una camiseta sin mangas leía una revista. A su lado quedaba suficiente espacio para sentarse sin que resultara incómodo, y desde allí podía observar el banco indicado en el diagrama.

El hombre lo miró a los ojos. Martín hizo un esfuerzo por mantenerle la mirada; sus ojos eran de un color azul penetrante. Luego de unos segundos el hombre bajó la vista y continuó leyendo la revista con expresión aburrida.

Martín decidió tomar la iniciativa. *Esto no puede ser tan difícil.* ¿Qué edad podía tener la otra persona? ¿Sería joven o vieja? Probablemente fuera mayor, de la edad de Wilhelm. ¿Hombre o mujer? ¿Un viejo amigo? ¿O quizás un viejo amor?

Miró alrededor. Una pareja de turistas tomando fotos, una muchacha joven trotando, una señora inclinada en el borde de la fuente, más niños acompañados de sus padres o sus abuelos.

De pronto volvió a sentir frío en las manos y los sonidos de la plaza parecieron desvanecerse. Su mirada se detuvo. De pie, inmóvil entre la gente que iba de un lado al otro, había un hombre de gabardina oscura y sombrero anticuado que miraba en su dirección. Parecía completamente fuera de lugar en aquella tarde de primavera.

Tiene que ser él.

Martín se le acercó lentamente. El hombre continuó observándolo con expresión inescrutable.

Se detuvo a un metro del hombre. Éste lo miró, se acomodó las gafas y frunció el ceño, pero no se movió.

No me lo estás haciendo fácil.

Extendió la mano y avanzó hacia el hombre.

– Buenas tardes.

El hombre pareció sorprendido por un instante, pero sacudió su mano con firmeza y sin dejar de mirarlo a los ojos.

– Buenas tardes.

– No nos conocemos...

– De eso estoy seguro – repuso el hombre con una leve sonrisa.

– ...no nos conocemos, pero tengo un mensaje para usted. Es de una persona que significaba mucho para mí, pero que desgraciadamente ahora está... ya no está. Su última voluntad fue que usted recibiera este mensaje.

El hombre lo miraba expectante.

Martín extrajo el sobre sellado y se lo ofreció.

El hombre dudó un instante, extendió la mano y tomó el sobre. Lo observó de ambos lados. Pasó un dedo sobre el sello de cera y lo estudió con detenimiento.

– WK – dijo satisfecho. Luego se dirigió a Martín. – No me dijo su nombre, joven.

– Martín – le respondió, reprimiendo el impulso de volver a extender la mano.

– Martín – repitió, como estudiando el sonido de su nombre. – Mucha gente se hubiera ahorrado el trabajo de entregar este mensaje. Pero usted no, Martín; usted es una persona de confianza.

Levantó el sobre.

– ¿Sabe lo que significa esto?

– No, señor.

El hombre asintió lentamente con la cabeza.

– Esperaba que pudiera decírmelo. – Miró el sobre, pensativo. – ¿Al menos sabe qué significa WK? ¿Son las iniciales de la persona que lo envió?

Martín tardó unos instantes en asimilar la pregunta.

– Wilhelm... Wilhelm Karl Wagner – balbuceó.

– Wilhelm Karl Wagner... – repitió lentamente el hombre. – ...nunca oí hablar de él. ¿Usted sabrá por qué quiso dejarme un mensaje? ¿Y usted,... Martín... por qué no me llamó por teléfono? – El hombre parecía ahora muy confundido. – Pero espere... ¿como sabía que yo estaba en la plaza?

¿Me está probando? ¿Está intentando decirme algo?

Escuchó la voz de una mujer a sus espaldas.

– Ya estoy lista, querido.

Martín se dio vuelta. Era la señora que había visto inclinada sobre la fuente.

– ¿Quién es este joven, querido?

– Este joven tiene un mensaje de Wilhelm Karl Wagner.

– ¿De quién?

El hombre suspiró.

– Esperaba que tú lo conocieras.

Lentamente, Martín comprendió que había cometido una gran equivocación.

– Le pido disculpas, caballero – le dijo rápidamente. – Hubo un malentendido; este sobre no es para usted. Discúlpeme, lo confundí con otra persona.

Trágame, tierra.

El hombre le sonrió amablemente y le devolvió el sobre.

– No se preocupe, joven. Espero que pueda encontrar a la persona correcta. – Se dirigió a la señora. – ¿Cariño?

La señora lo tomó del brazo y se alejaron caminando sin prisa, disfrutando de la tarde de primavera.

Estúpido. Estúpido.

Había estado a punto de darle el sobre, la última voluntad de su mentor, a un desconocido. Había hecho el ridículo. Había incomodado a varias personas. ¿Qué más podía hacer?

Seamos positivos. Por lo menos no me mordió el perro.

Sintiéndose molesto consigo mismo, guardó el sobre y emprendió el camino de retorno al coche.

* * *

Unos metros mas allá, el hombre de la barba candado esperó a que Martín estuviera a una distancia prudente. Luego dejó la revista en el banco, se levantó y comenzó a seguirlo, intentando no perderlo entre la multitud pero sin acercársele demasiado.

Sébastien rió para sus adentros, satisfecho. Martín lo había mirado directamente a los ojos, pero no se había dado cuenta de que lo estaba siguiendo.

9

Martín se dejó caer en el sofá, frustrado. Tiró el sobre sobre la mesa y lo lamentó inmediatamente. *La culpa no es de Wilhelm.*

Permaneció varios minutos inmóvil en la misma posición en la que había caído, mirando a ninguna parte, repasando una y otra vez la experiencia de la plaza.

¿Qué había salido mal?

Había ido al lugar correcto; de eso no tenía dudas. De todas formas verificó nuevamente el diagrama: la forma de la plaza, el número de calles que salían de ella, la fuente, TP. No podía ser coincidencia.

¿Pero había ido en el momento correcto? Eso estaba mucho menos claro. Volvió a leer las instrucciones:

Primer sábado, 15:00.

Primer domingo, 15:00.

Primer y tercer domingo de cada mes, 15:00.

Había distintas formas de interpretarlas. Había pensado que Wilhelm se refería al primer sábado y domingo luego de su muerte, ya que el abogado había insistido en la urgencia del mensaje; pero también podía referirse al primer sábado y domingo del mes. O del año. O de cualquier otra cosa.

Pero entender las instrucciones no sirve para nada... si la otra persona no las interpreta de la misma manera.

Quizás había sido la otra persona quien había faltado al encuentro. Si quería tener éxito, iba a tener que volver a la plaza el domingo – *mañana* – y también el primer sábado y domingo del mes, y también el primer y tercer domingo de cada mes,...

O quizás la otra persona había faltado al encuentro contra su voluntad. Quizás estaba en otra ciudad o incluso otro país y simplemente no había llegado a tiempo. Al fin y al cabo, no sabía absolutamente nada sobre la otra persona.

Había otra posibilidad más preocupante. Quizás la otra persona lo había estado observando. Si era así, ¿por qué no se había acercado a él?

Se le revolvió el estómago. Quizás la otra persona no se había acercado a él porque era demasiado peligroso.

Tenía que volver a la plaza, pero antes necesitaba saber en qué se estaba metiendo.

Sin darse tiempo a arrepentirse, quebró el sello y abrió el sobre.

10

Con los restos del sello de cera en los dedos, Martín comprendió que había cruzado una línea sin vuelta atrás. Iba a conocer la última voluntad de su antiguo jefe y mentor, escrita cuatro décadas antes.

Introdujo la punta de los dedos en el sobre. Avanzó con delicadeza hasta que sintió el contacto del papel. Lo extrajo cuidadosamente.

Era una hoja doblada en cuatro. Tenía un tono amarillento y parecía frágil al tacto; a Martín no le costó creer que tenía cuarenta años. El lado exterior estaba en blanco, pero las marcas y el relieve permitían adivinar que el lado interior estaba escrito a máquina.

La respuesta a todo este misterio.

Abrió el primer pliegue de la hoja. Contuvo el aliento de forma involuntaria, tragó saliva y abrió el segundo pliegue.

Martín se quedó inmóvil observando la hoja, sin entender lo que estaba viendo. Lo invadió una sensación de confusión, seguida de una profunda desolación. Estaba preparado para prácticamente cualquier cosa, menos esto.

Ante los ojos de Martín había una secuencia incomprensible de letras mayúsculas separadas en columnas:

ZLAX YPRC TGAU IQQD ECAM ZBOM PCPH
 OQMJ GYLN ANAD MJBP EODY UYDH BHUE
 EYEV BKJI VMUM VWLU VHDE LDNV MVRQ
 ISVE XHEV SULB KBHA NCYS IYBG BLFK
 SXNV JWNS EPHV NMUO IDQY VBI A RQTD
 FLTF VJWY NXKR WVCG KWHC JFSP BWLU
 EIBK LRMK MHJP FNYL RRUS RCJU BDXP
 ZTZH RIYH FVHN PIII GTPO VGDA AZZR
 ZNLN BTHS XFNQ VRIO EMY Y DNQD YGEN
 NUWI SONP LJYT RXPB FUJY RJMB LCHY
 DRQS UWJJ EQFF ZQSN DXQB XMPJ KUGA
 IZDP WNP N IJYS QLXW ZOKE HWEY PWNT
 PVNS UJCR WVDU MODU GSIY SJOE MYYI
 LNOZ CFPI JSFA ZICB RLIZ YSXE ZAPX
 XSYP EXFL LNIG XKRM GHZX EGYX JOLL
 OUSS BGQS MUYS VIVN URHU UNDJ EDHM
 UPGX YMMW EUFG BVVV ODKF ODFS QRNJ
 EFOA JLRA KKYQ NTUU OHPA SDZO TKFL
 CKWP XSUT FBJD RANU SABY ATWF QOXG
 LGKT NAHR YPXS QQPX LLIH CXVT OINP
 RKLE CXIP ZENK INQY QISP GWBX LPAA
 PCRS EOGV TVIY AOIO TCUY UACV OIRV
 PALF JIKS ADJT CGEQ OMCU TRVK IOQO
 SELM DNMO HHDD ZRZG IHEQ ZLGJ BJUS
 AAPE VZQR UIYX KYLN YQIF YIKJ LKYR
 GYPL JNYE JLXV UDJY

Esto no va a ser tan sencillo como esperaba.

Leyó las letras de atrás hacia adelante, de arriba hacia abajo y en columnas; no reconoció ninguna palabra. Miró la hoja al trasluz; no notó nada extraño.

Volvió a estudiar el sobre, esta vez con más detenimiento. Comprobó que estaba vacío. Buscó alguna inscripción oculta del lado de adentro – a esta altura, nada le hubiera sorprendido – pero no encontró ninguna.

Suspiró resignado. *Una hoja llena de letras sin sentido, eso es todo.*

Evidentemente el mensaje estaba codificado de alguna manera. Martín no era ningún experto en el tema, pero sabía que existían códigos que hasta un potente ordenador podía tardar años o incluso siglos en descifrar.

Era realmente sorprendente que Wilhelm lo hubiera involucrado en algo así; pero cuanto más misteriosa se volvía, más se convencía Martín de la importancia de la tarea que tenía entre manos. Wilhelm debía de haber tenido excelentes razones para haber actuado de forma tan extraña.

Instrucciones crípticas, mensajes codificados, y quizás todo esto sea peligroso. ¿En qué se estaba metiendo?

Se sintió derrotado. Contempló la hoja, impotente.

Pero sabía que no podía rendirse.

¿Qué puedo deducir de la hoja?

Era una hoja escrita a máquina. Según el abogado, el sobre llevaba casi cuarenta años cerrado y el estado del papel parecía confirmarlo.

De pronto se sintió animado. *Hace cuarenta años no existían códigos tan complejos, ni ordenadores demasiado potentes.* Wilhelm seguramente hubiera realizado la codificación él mismo, y probablemente la hubiera hecho a mano.

Recordó haber escuchado que en la antigüedad Julio César enviaba instrucciones codificadas a sus generales, para evitar que cayeran en manos de sus enemigos. *Gracias, History Channel.*

Dejó la hoja sobre la mesa y tomó el portátil. Rápidamente encontró un artículo que describía el método en detalle. Había sido inventado dos mil años atrás, y afortunadamente era muy sencillo.

Para codificar un mensaje alcanzaba con sustituir cada letra con aquella tres posiciones más adelante en el alfabeto: la letra “A” se convertía en una “D”, la “B” se sustituía por la “E”, y así sucesivamente. Tomó una hoja de papel, escribió su nombre, y realizó el procedimiento:

MARTIN

PDUWLQ

Así, “Martín” se convertía en “Pduwlq”. *¡Estupendo!*

Continuó leyendo. Descifrar el mensaje era tan sencillo como deshacer la sustitución, cambiando la “D” por la “A”, la “E” por la “B”, y el resto de las letras de igual manera:

MARTIN
 PDUWLQ
 MARTIN

Martín sonrió. Quizás la hoja con letras sin sentido no era más que un mensaje codificado de esta manera y separado en columnas.

Con el corazón acelerado, copió las primeras letras del mensaje:

ZLAX YPRC TGAU IQQD

Aplicó el procedimiento de descifrado, copiando el resultado en la siguiente línea.

Observó el papel. Donde había esperado que apareciera un mensaje de Wilhelm, sólo habían aparecido más letras sin sentido:

ZLAX YPRC TGAU IQQD
 WIXU VMOZ QDXR FNNA

¿En qué me equivoqué?

Volvió a leer el artículo que describía el cifrado César y descubrió que las esperanzas todavía no estaban del todo perdidas. El cifrado inventado por César sustituía cada letra por aquella tres posiciones más adelante en el alfabeto, pero el método era igualmente efectivo si utilizaba una separación de dos posiciones, convirtiendo la “A” en “C” y la “B” en “D” – o cualquier otra.

Decidió probar con dos letras de separación, convirtiendo “Martín” en “Octvkp”. Lo intentó nuevamente con el mensaje de Wilhelm:

ZLAX YPRC TGAU IQQD
 XJYV WNPA REYS GOOB

Suspiró decepcionado. La clave tampoco funcionaba. Por supuesto, con veintiséis letras en el alfabeto, había veinticinco códigos posibles y él había descartado solo dos de ellos.

Esto me va a llevar un rato.

11

Tres horas más tarde, Martín terminó de probar la última combinación. Una vez más, obtuvo una secuencia de letras sin sentido.

Dejó la hoja y el mensaje sobre el sofá y fue hasta la cocina a prepararse un café. Movi6 el cuello en círculos; la tensión comenzaba a causarle una contractura.

Evidentemente se había equivocado: Wilhelm no había utilizado un cifrado César. De todas formas tenía que haber utilizado un cifrado sencillo, ya que seguramente había codificado el mensaje a mano. Y tenía que ser un cifrado inventado hacía más de cuarenta años. No podía ser muy difícil.

Volvió al sillón con su taza de café, tomó el portátil y se dispuso a leer un poco más sobre criptografía.

Poco después descubrió un método de cifrado llamado “libreta de un solo uso”. Era exactamente lo que estaba buscando: había sido inventado en 1917 y podía ser realizado a mano de manera sencilla. Pero para su sorpresa, los matemáticos habían demostrado que el cifrado era completamente imposible de descifrar a menos que se tuviera la clave.

No podía dar crédito a lo que acababa de leer. Repasó detenidamente la explicación, con la esperanza de haberse equivocado, pero no había lugar a ambigüedades:

“Si la clave de cifrado se mantiene en secreto, está matemáticamente demostrado que el método de la libreta de un solo uso es inviolable.”

Volvió a leer el artículo entero, intentando desesperadamente comprender cómo un método sencillo inventado cien años atrás no podía ser descifrado, ni siquiera por las supercomputadoras mas modernas.

Luego de leer cuidadosamente el artículo un par de veces creyó haber entendido el funcionamiento del método. La idea era dividir el mensaje en dos partes, de forma tal que teniendo las dos partes era posible reconstruir el mensaje original. Para esto se utilizaba una sencilla tabla:

```

ABCDEFGHIJKLMN OPQRSTUVWXYZ
Aabcdefghijklmnopqrstu vwxyz
Bbcdefghijklmnopq rstuvwxyza
Ccdefghijklmnopq rstuvwxyzab
Ddefghijklmnopq rstuvwxyzabc
Eefghijklmnopq rstuvwxyzabcd
Ffghijklmnopq rstuvwxyzabcde
Gghijklmnopq rstuvwxyzabcdef
Hhijklmnopq rstuvwxyzabcdefg
Iijklmnopq rstuvwxyzabcdefgh
Jjklmnopq rstuvwxyzabcdefghi
Kklmnopq rstuvwxyzabcdefghij
Llmnopq rstuvwxyzabcdefghijk
Mmnopq rstuvwxyzabcdefghijkl
Nnopq rstuvwxyzabcdefghijklm
Oopq rstuvwxyzabcdefghijklmn
Ppq rstuvwxyzabcdefghijklmno
Qqrstuvwxyzabcdefghijklmnop
Rrstuvwxyzabcdefghijklmnopq
Sstuvwxyzabcdefghijklmnopqr
Ttuvxyzabcdefghijklmnopqrs
Uuvwxyzabcdefghijklmnopqrst
Vvwxyzabcdefghijklmnopqrstu
Wwxyzabcdefghijklmnopqrstuv
Xxyzabcdefghijklmnopqrstuvw
Yyzabcdefghijklmnopqrstuvw
Zzabcdefghijklmnopqrstuvwxy

```

Para separar una letra en otras dos bastaba con elegir cualquiera de sus apariciones dentro de la tabla, y luego tomar nota de letra en el extremo de la fila y la columna donde se encontraba.

Tomó un papel y escribió su nombre. Eligió la letra M en la fila R y la columna V de la tabla y las escribió debajo de la M. Luego realizó el mismo procedimiento con el resto de las letras:

MARTIN
RXLDXK
VDGQLD

Contempló el resultado: había logrado separar la palabra original, “Martín”, en otras dos palabras, “rxldxk” y “vdgqld”; dos palabras sin sentido y sin ningún parecido con la palabra original.

Decodificar la palabra original era muy sencillo; bastaba con decodificar cada letra consultando la tabla. En la fila R y la columna V estaba la letra M, la primer letra de la palabra original; en la fila X y la columna D había una A; y así sucesivamente.

Martín asintió lentamente. El método era extremadamente sencillo, pero a su vez era absolutamente seguro: era imposible descifrarlo a menos que se tuvieran las dos mitades del código.

Y evidentemente Wilhelm sólo le había dejado una de las dos mitades.

Reflexionó unos instantes sobre lo que esto implicaba y súbitamente lo invadió la euforia.

A Martín ya no le cabía ninguna duda de que debía encontrarse con otra persona en la plaza. Y estaba dispuesto a apostar que la otra persona tenía un sobre igual al suyo, con una página llena de letras sin sentido.

La otra mitad del mensaje. La clave.

12

Tarde del 25 de abril, 2004

Martín caminó hacia la plaza con un paso mucho más rápido que el día anterior. Se detuvo al llegar al semáforo y contuvo el impulso de estirar los brazos. Tenía la espalda dolorida; le había resultado muy difícil dormir y la mañana del domingo se le había hecho eterna.

Frotó las manos contra el pantalón. Estaba ansioso. Era plenamente consciente de que podía estar involucrándose en algo peligroso; pero la excitación que le generaba haber descubierto – parcialmente – la forma de descifrar el código era suficiente como para que no dudara en arriesgarse.

El semáforo finalmente se puso en verde y Martín atravesó la calle prácticamente corriendo. Se dirigió directamente hacia la fuente.

La tarde del domingo era tan agradable como la anterior y una cantidad considerable de gente había decidido ir a la plaza. Al acercarse a la zona de la fuente, Martín aminoró la marcha y comenzó a mirar alrededor.

Nuevamente había gente de todas las edades; niños jugando, seguidos unos metros más atrás por sus padres; parejas de jóvenes enamorados; ancianos paseando lentamente, disfrutando del buen tiempo.

¿Quién no encaja en este panorama?

Martín realizó un amplio círculo alrededor de la fuente, caminando despacio, intentando pasar inadvertido entre la multitud. Esperaba no volver a encontrarse con el anciano de la tarde anterior.

Prestó especial atención al banco señalado con un asterisco en el diagrama. Estaba ocupado por un hombre de mediana edad que no parecía estar haciendo nada en especial, pero que por alguna razón no coincidía con la imagen que Martín tenía de su contacto. Decidió no acercarse; la experiencia de la tarde anterior no había sido buena.

Su entusiasmo comenzó a bajar. La excitación de tener un puzzle entre manos le había llevado a pensar que el encuentro iba a ser más sencillo, pero por ahora no era así.

Encontró un lugar donde sentarse a veinte metros del banco, desde donde podía observar al hombre sin llamar la atención.

¿Y si no aparece nadie?

Empezó a preocuparse. Había llegado a convencerse de que estaba en el camino correcto, pero las dudas volvieron a invadirlo.

Miró la hora. 15:20.

¿Qué podía hacer? Tenía la mitad del código, pero no podía descifrar el mensaje sin la otra mitad; y la otra mitad estaba en manos de un completo desconocido. Estaba razonablemente seguro de que tenía que encontrarse con la otra persona en la plaza, pero no estaba tan seguro acerca de la fecha o la hora del encuentro.

Puedo abandonar esto... irme a casa y fingir que esto nunca sucedió.

Sacudió la cabeza. Sabía que no era posible. Por un lado, no quería defraudar a Wilhelm; por otro, era incapaz de dejar un acertijo sin resolver. Pero si no lograba hacer contacto hoy, ¿qué iba a hacer? ¿Seguir visitando la plaza dos veces por mes? *No puedo seguir haciendo esto por el resto de mi vida. Me volvería loco.*

Pero al levantar la vista sus dudas se disiparon al instante. Caminando en pequeños círculos cerca del punto de encuentro, sin decidirse a sentarse en el banco, había una mujer. Llevaba pantalones y una camisa floja y se aferraba a su bolso con las dos manos.

Completamente fuera de lugar.

La mujer se detuvo frente al banco y por un momento Martín pensó que iba a hablar con el hombre que estaba sentado, pero pareció cambiar de idea. Dio media vuelta, caminó tres o cuatro pasos alejándose del banco y se detuvo. Miró a la izquierda, luego a la derecha; suspiró, caminó unos pasos hacia la derecha y se detuvo nuevamente.

Sé exactamente por lo que estás pasando.

Martín se levantó y caminó lentamente en dirección a la mujer. Hizo un esfuerzo por no apurarse; por más que la actitud de la mujer era prometedora, de un momento a otro podía aparecer su marido o su hijo y explicar perfectamente su comportamiento.

Pero la mujer seguía mirando de un lado al otro, dando pasos cortos. Martín continuó acercándose cautelosamente.

Cuando sólo los separaban unos pocos metros, la mujer finalmente pareció notarlo; se quedó quieta, observándolo expectante.

Era más joven de lo que había juzgado a la distancia; tendría entre 35 y 40 años. Tenía el pelo oscuro, rizado, y sus ojos parecían pequeños a través de los cristales de sus gafas. No le pareció atractiva. Martín suspiró aliviado; sabía lo irracional que podía ponerse por una “damisela en apuros” y recordaba los graves problemas que esto le había causado en el pasado.

La mujer estaba inmóvil pero Martín observó que tenía los nudillos blancos de tanto apretar su bolso. *Probablemente esté más nerviosa que yo.*

– Buenas tardes – dijo Martín y le sonrió para hacerla sentir mejor.

– Buenas tardes. – La mujer le devolvió una sonrisa tímida pero cautelosa.

¿Acento extranjero?

– Tengo... – comenzó a decir Martín. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el pequeño sobre con el sello de cera. – Tengo esto.

La expresión de la mujer se suavizó inmediatamente y Martín tuvo la impresión de que todos sus músculos se relajaban. Se le dibujó una gran sonrisa en la cara.

Introdujo la mano en el bolso y dejó entrever un objeto pequeño; Martín tuvo que mirarlo un par de segundos para convencerse de que era un sobre con un sello rojo, idéntico al que tenía en su poder. Suspiró aliviado y también sonrió.

– Las instrucciones no eran nada claras, ¿verdad?

La mujer rió.

– No, realmente no. Me preocupaba venir desde Alemania y no encontrar a nadie. Pero aquí estamos, ¿no?

– Aquí estamos – dijo Martín. Le extendió la mano. – Martín.

– Anna. – Su apretón de manos resultó más firme de lo que Martín esperaba.

– Encantado.

– Lo que yo no entiendo es... ¿donde está la Puerta del Sol? Esto es una plaza. No hay ninguna puerta. – Señaló hacia la izquierda. – Más allá está la Puerta de Alcalá. Pero aquí no hay ninguna puerta; ¿por qué se llama “Puerta” del Sol?

Martín sonrió divertido. A los extranjeros siempre les resultaba confuso; alguna vez Wilhelm había hecho comentarios parecidos.

– Lo único que hay aquí es una estatua de un oso – continuó Anna, que parecía fastidiada.

– El Oso y el Madroño – replicó Martín con orgullo. – El símbolo de la ciudad.

Anna frunció el ceño.

– ¿Hay muchos osos en Madrid?

– No – admitió Martín, y decidió no mencionar a los ma-droños.

Quedaron en silencio unos segundos. No veía el sentido de discutir por el nombre de la plaza cuando tenían asuntos de mucho mayor gravedad entre manos. Evidentemente Anna no era consciente de todo lo que implicaba la carta de Wilhelm.

– Creo que tenemos mucho que conversar, – dijo Martín finalmente, – y no creo que este sea un buen lugar. La invito con un café; ¿le parece si vamos a...?

Giró para señalar uno de los cafés de la plaza y se detuvo en la mitad del movimiento, sintiéndose repentinamente alarma-do.

Miró detenidamente en dirección al café. Nada le llamó la atención; nadie parecía prestarles atención.

Entonces, ¿por qué se había sentido alarmado?

Vi algo.

Observó con más atención; siguió sin ver nada extraño. Pero en su subconsciente se había disparado una alarma. ¿Era posible que...?

– Martín – repitió Anna. Parecía preocupada. – ¿Qué te sucede?

Estoy paranoico. Tengo que relajarme.

– Nada. Quería ver si... – hizo un gesto vago en dirección al café, sin terminar la frase. – No importa. Vamos a por ese café.

Aparentando más seguridad de la que realmente sentía, Martín emprendió la marcha hacia el café seguido por Anna.

13

A pocos metros de distancia, Sébastien maldijo en voz baja.

Me vio. Esta vez el hijo de puta me vio.

Lo había tomado por sorpresa. Y él había reaccionado instintivamente, ocultándose tras un arbusto. No había sido más que una fracción de segundo.

Pero Sébastien había estado en muchas situaciones en que una fracción de segundo había sido la diferencia entre la vida y la muerte. No podía darse el lujo de bajar la guardia ni un instante.

Y mucho menos ahora.

Sébastien se sentó en un banco y abrió la revista que tenía en la mano. A pesar de la excitación que sentía, se obligó a adoptar una postura relajada y casual.

Supo instintivamente que Martín y la mujer debían estar por pasar a su lado menos de un segundo antes de que entraran en su campo visual. Siguió observándolos de reojo sin apartar los ojos de la revista.

Martín y la mujer pasaron cerca del banco y siguieron de largo sin verlo. Martín había mirado en su dirección pero no había reparado en él.

Me miró, pero no me vio. Sintió un profundo desprecio hacia Martín. *Débil. Inferior.*

Los vio alejarse y salir de la plaza. Iban en dirección a un café. Sébastien esperó a que estuvieran a una distancia segura, se levantó y comenzó a seguirlos.

Había pasado el peligro inmediato, pero las reglas habían cambiado. El juego se había vuelto más peligroso.

Ahora eran dos.

¿Quién es la mujer?

La incógnita le causó una nueva descarga de adrenalina y se sintió energizado, vivo. Respiró hondo, tensando cada músculo, disfrutando profundamente la excitación de la cacería.